



**UN
ROMANCE
POR ENTREGAS**

ELSA TABLAC



**UN
ROMANCE
POR ENTREGAS**

ELSA TABLAC

Contenido

[CRÉDITOS](#)

[SINOPSIS](#)

[UN ROMANCE POR ENTREGAS](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[EPÍLOGO](#)

[UNA LLAMA PRENDE ENTRE NOSOTROS](#)

[HIJA DE LA MAFIA](#)

[NEWSLETTER](#)

[Otros títulos](#)

UN ROMANCE POR ENTREGAS

¿Trabajo o placer? #3

Primera edición: Septiembre 2024

Copyright © Elsa Tablac, 2024

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

SINOPSIS

Kathleen ha terminado su novela y busca agente para publicarla.

Así es como su prometedor manuscrito llega a las manos de Travis Belford, uno de los agentes literarios más implacables y perfeccionistas de Nueva York. Pero Travis se encuentra ante un serio dilema: la novela le gusta tanto como la propia Kathleen.

Y él tiene una sola regla: ninguna escritora, después de lo que pasó con Felicity, entrará jamás en su corazón.

¿Podrá, por una vez, hacer una excepción con ese huracán llamado Kathleen Meek?

Un romance por entregas
¿Trabajo o placer? #3

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

KATHLEEN

La puerta de cristal tenía un cartel brillante que decía "Belford & Associates". Aquel lugar parecía más una fortaleza que una agencia literaria, lo cual me intimidaba un poco. Pero no lo suficiente como para dar media vuelta. *Esto es lo que querías, Kathleen*, me repetí, mientras tomaba aire y empujaba la puerta con más ímpetu del necesario. Entré con una sonrisa nerviosa que trataba de disfrazar de seguridad.

La recepcionista me miró desde detrás de su escritorio minimalista. Sus gafas de montura fina se deslizaron por su nariz cuando levantó la mirada hacia mí.

—Hola, soy Kathleen Meek. Tengo una reunión con el señor Belford.

Sonaba nerviosa. Tenía que tranquilizarme. Ya.

—Espera aquí, por favor —dijo con una voz tan neutra que casi sentí la necesidad de comprobar si era un robot.

Me senté en una de las sillas de cuero mientras trataba de no parecer demasiado inquieta. Era una oficina preciosa. Debía ser un gustazo ir a trabajar a un sitio así todos los días.

Relájate, Kathleen. Es solo una reunión. Un agente literario como cualquier otro. Claro, uno que había rechazado al menos a veinte autores de éxito en los últimos cinco años por no estar "a la altura de sus estándares". Travis Belford no era *cualquier* agente literario. Era un genio del negocio editorial... y, según muchos, un dolor de cabeza.

Le había enviado mi manuscrito hacía un par de meses, y cuando ya daba todo por perdido, me había convocado a una reunión.

Cinco minutos más tarde, la puerta se abrió y allí estaba él. Alto, con el ceño ligeramente fruncido, camisa perfectamente planchada y una mirada de esas que pueden detener el tráfico. Travis Belford en persona. Era inconfundible. Toda una celebridad en el mundillo literario.

—¿Kathleen Meek? —preguntó, como si mi nombre fuera una broma interna en la agencia.

—Esa soy yo —me levanté de un salto y, por un momento, quise ofrecerle la mano, pero noté que él no hacía ningún movimiento hacia mí.

Genial. Empezamos bien.

—Vamos, por desgracia no tengo todo el día —se giró y comenzó a caminar hacia su oficina.

Simpático, pensé, siguiendo su paso rápido mientras trataba de controlar los nervios.

Su despacho me sorprendió. Me esperaba cierto caos, pero era igual de impecable que la recepción: paredes blancas, muy pocos libros, colocados en una estantería negra con baldas de cristal, y una mesa lacada tan brillante que casi me vi reflejada en ella.

—Siéntate —dijo, señalando una silla frente a su escritorio. Lo hizo sin ni siquiera mirarme, como si ya estuviera evaluando si merecía estar allí.

Me senté y, antes de que pudiera abrir la boca, comenzó a hablar.

—Tu manuscrito —lo levantó entre dos dedos, como si estuviera examinando una pieza de

museo o, peor, una ensalada mal hecha—. Es interesante.

Según mi experiencia, "interesante" es una palabra trampa. Puede significar cualquier cosa, desde "esto es basura" hasta "esto es una obra maestra, pero no quiero inflar tu ego". Decidí optar por el optimismo (aunque moderado).

—¿Te gustó? —pregunté, casi nerviosa.

Travis levantó una ceja, como si estuviera decidiendo si esa era una pregunta inteligente o no.

—Tienes una voz fresca. Y no escribes como el resto de esos... —se interrumpió buscando la palabra correcta— *amateurs* que suelo ver. Tienes un don, eso está claro. Pero debo decirte que no me ha impresionado del todo.

—Vaya, gracias —no pude evitar que mi tono sonara sarcástico, lo cual fue un error.

—¿Perdón? —dijo, fijando sus ojos en mí, desafiándome.

Oh, maldición. Ya lo había hecho. Me encogí de hombros, intentando suavizar el momento.

—Quiero decir, gracias por ser honesto. Es justo lo que necesito.

No pude evitar notar cómo sus ojos parpadearon brevemente, como si no esperara que yo respondiese de esa manera. Tal vez estaba acostumbrado a que la gente tartamudeara o se hundiera ante su crítica. Pero yo había recibido suficientes rechazos en mi vida como para saber que si no podía reírme de las opiniones críticas, no sobreviviría en esta industria.

—Te puedes imaginar que no cobro por endulzar las cosas —respondió secamente, y pude notar que estaba observando cada uno de mis gestos. ¿Me estaba evaluando como persona?—. Aun así, hay algo en tu estilo. Eres... rara.

Se me escapó una risita.

—*Rara* es mi marca registrada.

—Por "rara" me refiero a: no sigues ninguna convención. Hay momentos en que tu narrativa es como un campo de batalla. Desordenada. Difícil de seguir —se inclinó hacia adelante—. Pero luego, cuando te alineas... haces magia. Tus ideas desbordan el texto. Se comen a las palabras.

Hubo un segundo en que sentí que la energía entre nosotros era demasiado intensa. La forma en que me miraba... como si intentara desarmarme. Como si estuviera probando hasta dónde llegaría antes de quebrarme. Pero lo único que sentí fue química. Fuerte, incómoda, electrizante química. Antes de acudir a aquella reunión ya sabía que Travis Belford era un tipo bastante atractivo. Y yo me creía inmune a los hombres guapos. Pero él era mucho más que eso.

Me aclaré la garganta y sonreí.

—No todos los días te dicen que escribes como en un campo de batalla.

Travis no se rió, pero sus labios hicieron un gesto mínimo, casi como si estuviera conteniéndose.

—La mayoría de los escritores sueñan con orden y perfección. Tú pareces disfrutar del caos.

—Creo que el caos es más divertido. Las mejores historias salen de lo inesperado.

—Hmm... —me observó un segundo más, y me di cuenta de que su mirada era peligrosa. Como si viera más allá de las palabras y las frases, y estuviera tratando de descifrar quién era yo realmente.

—¿Hay algo más que quieras destacar? —pregunté, queriendo romper aquella tensión. Me di cuenta enseguida que aquella pregunta sonaba a "punto final", como si yo misma quisiera acabar con aquella reunión. Autosaboteándome. *Qué novedad, Kathleen.*

Travis se recostó en su silla, cruzando los brazos sobre el pecho. La forma en que me miraba, sin parpadear, me hizo sentir un calor incómodo en la nuca.

—Tienes potencial, Meek. Pero necesitarás trabajar. Mucho. Y si trabajas conmigo, no voy a suavizar nada. Voy a exigirte.

Le sostuve la mirada. Podría haberme intimidado, pero en lugar de eso, sentí una descarga de adrenalina. Este hombre, con su actitud rígida y sus estándares imposibles, era exactamente lo que necesitaba. No solo para mi carrera, sino para algo más que en ese momento no podía explicar.

—¿Hay algo que te hace pensar que no podré con ello?

Por un momento, Travis no dijo nada. La tensión entre nosotros se hizo todavía más palpable, como si el espacio entre nosotros estuviera lleno de electricidad. Y luego, de la nada, se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre su escritorio de diseño.

—Eso es lo que quiero averiguar. Voy a pedirte que reescribas esta novela. Desde el principio. Sé cómo hacer de ella un éxito. Pero solo será así si sigues mis instrucciones.

Un escalofrío me recorrió la espalda, pero no era del tipo de escalofríos que te hace querer escapar. Todo lo contrario. Este hombre era un desafío, y algo en mí deseaba aceptar el reto.

—Pues bien, veamos cómo me va —dije, intentando mantener la calma, aunque por dentro estaba ardiendo.

Travis me sostuvo la mirada un segundo más antes de inclinar la cabeza ligeramente.

—De acuerdo, Kathleen. Veamos. Te enviaré algunos comentarios por email hoy mismo.

Cuando salí de su oficina, mi corazón latía como loco. Sabía dos cosas con certeza: una, Travis Belford era más que un agente literario implacable. Y dos: iba a hacer que nunca olvidara mi nombre.

CAPÍTULO 2

TRAVIS

La oficina de Claire, mi socia, tenía una energía completamente distinta a la mía. Mientras mi espacio era todo líneas rectas; blanco y negro, ella se rodeaba de color y exceso, con libros apilados en cada rincón, cuadros abstractos colgando de las paredes de manera aleatoria, y una planta asalvajada que parecía a punto de rebelarse y tomar el control de su escritorio.

—Siéntate, Travis, tengo hambre —dijo Claire desde detrás de su escritorio, moviendo algunos libros para hacer espacio a toda la comida a domicilio que había pedido.

Me dejé caer en una silla frente a ella, sin dejar en ningún momento el manuscrito que tenía entre las manos. La novela de Kathleen Meek. Desde la mañana, no había dejado de dar vueltas a esa primera reunión.

—No te has despegado de ese tocho desde hace dos días —comentó Claire con una sonrisa.

Sus rizos desordenados caían por su frente, mientras abría uno de los envases y sacaba una porción generosa de ensalada. Siempre comía ensaladas que parecían más sabrosas que las mías, como si tuvieran algún ingrediente secreto que solo ella conocía.

—No puedo dejar de pensar en ella —admití, lo que hizo que Claire se echase hacia atrás de la impresión.

—¿En ella? ¿O en el manuscrito?

La miré con seriedad, pero no pude evitar sonreír internamente. Claire siempre sabía cómo sacar a la luz todo lo que yo no quería admitir.

—Ambas cosas, supongo. Pero principalmente en el manuscrito. Hay algo en su escritura... no sé cómo explicarlo. Es caótico. Nada de lo que yo suelo buscar en un autor habitualmente. Y, sin embargo... —me interrumpí, dudando por un momento.

Claire levantó la mirada, con el tenedor a medio camino de su boca.

—¿Y, sin embargo, qué? ¿Te gusta?

—No lo sé. Sí. No.

Suspiré, apoyando el bloque de papel sobre mi regazo. El peso de sus palabras me había dejado confuso desde que la conocí esa mañana. Kathleen Meek no era como ninguna otra escritora que hubiera representado.

—Te gusta —dijo Claire con una sonrisa vencedora, señalándome con el tenedor—. Y no solo como escritora.

—Cálmate. No estoy hablando de eso —repliqué, aunque mis palabras sonaron menos firmes de lo que pretendía.

Mi socia tenía el don de atravesar mis defensas. Era una mujer a quien le gustaban las mujeres, y, por tanto, captaba enseguida el mínimo interés que yo pudiese sentir por alguien, cosa que no sucedía a menudo.

—Oh, vamos. Ya me conoces. Puedo ver las señales. Sabes que nunca te diría que representaras a alguien solo porque es guapa o porque tenga muchos seguidores en redes —dijo, moviendo los brazos de manera exagerada, como si imitar la objetividad fuera una broma para ella—. Pero esta chica... Travis, te conozco. He visto cómo reaccionas con otros escritores. Y lo que vi en ti hace un rato no fue precisamente profesional.

Me quedé en silencio, dando vueltas a mis pensamientos, mientras desmenuzaba las palabras de Claire. No quería admitirlo, ni siquiera para mí mismo, pero tenía razón en parte. Mi atracción por Kathleen iba más allá de lo puramente intelectual. Había algo en esa chica, algo que me sacaba de mis casillas y, al mismo tiempo, me obligaba a mirar dos veces.

Intenté desviar el tema.

—Bueno. Centrémonos en su novela. Básicamente, tiene potencial. Creo que puede llegar a ser un éxito. Pero es desorganizada, casi impredecible. Su narrativa salta de un lugar a otro. Pero en ciertos momentos... cuando se alinea, cuando todo cobra sentido... es como si estuviera viendo algo extraordinario. La historia tiene mucha garra.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó Claire, apoyando la barbilla en la mano, intrigada.

El problema. Claro que había un problema. Siempre lo había. Cerré los ojos por un momento, con el recuerdo de ella inundando mi mente.

—Pues que esto no es lo que nos están pidiendo ahora mismo las editoriales. Es *diferente* —murmuré, casi para mí mismo. Pero Claire no se dejó engañar por mi tono.

—Diferente no es malo, Travis —replicó con suavidad. Sabía por dónde iban mis pensamientos, y aunque no quería hablar del tema, Claire siempre sabía cuándo era necesario mencionarlo—. No todas las escritoras son como Felicity.

Mi mandíbula se tensó. Felicity. Solo escuchar su nombre me revolvía el estómago. No quería hablar de ella. No quería revivir el pasado. La herida todavía estaba ahí. Ni siquiera se había convertido en cicatriz.

—Kathleen no es Felicity —añadió Claire, esta vez con un tono más firme—. Y no puedes dejar que esa experiencia te impida tomar decisiones ahora.

Respiré hondo, intentando no perderme en el recuerdo de la relación que tuve con Felicity, una escritora brillante, pero inestable, cuya vida terminó demasiado pronto.

La culpa y los remordimientos me habían seguido desde entonces, como una sombra... recordándome que había fracasado tanto en lo personal como en lo profesional con ella. Me había costado mucho reconstruir todos mis pedazos. Por suerte, Claire había estado a mi lado.

—No estoy diciendo que lo esté dejando influir. Solo que... es complicado, ¿de acuerdo? —resoplé, odiando aquella vulnerabilidad en mi voz.

Claire asintió, comprendiendo que había llegado a uno de mis límites.

—Mira, no tienes que decidir ahora. Dale una oportunidad, Travis. Lee el manuscrito sin prejuicios. Y si descubres que su talento realmente está ahí, entonces deja que eso hable por sí mismo.

—Oh, voy a trabajar en él. Eso seguro. Pero le he dicho que habría que reescribirlo casi entero. Más que nada para ver cómo reaccionaba.

—¿Y?

—Acepta el reto.

—Entonces haz caso de tu olfato, Travis.

Sabía que Claire tenía razón. Siempre era así. Me eché hacia atrás en la silla, observando los montones de libros que había repartidos por su oficina y sintiendo que mi cabeza estaba igual de

desordenada.

—Bien. Lo leeré de nuevo esta noche, aunque voy a enviarle ya algunas notas sobre los primeros capítulos —dije finalmente.

—Perfecto. Y si te ayuda, me quedaré aquí para ofrecerte mi opinión experta sobre la trama. O, ya sabes, al menos para beber vino...

Claire volvió a concentrarse en su ensalada.

Sonreí, siempre agradecido por su presencia, aunque no se lo dijera en voz alta. Claire sabía cuándo presionar y cuándo aflojar. Esa era la magia de nuestra relación. No éramos amigos fuera de aquellas paredes. Lo fuimos en el pasado, cuando estudiamos juntos en la universidad. Pero cuando montamos la agencia literaria acordamos limitar nuestra relación al horario laboral, y que fuese mucho más profesional que de amistad.

Y las cosas habían salido bien.

Eso me dejaba espacio mental, mientras esperaba, supongo a que apareciese una mujer como Felicity.

Aunque sabía muy bien que no habría otra como ella.

Kathleen Meek era...solo diferente.

Esa noche, mi apartamento estaba en completo silencio. Tomé de nuevo el manuscrito de Kathleen y me acomodé en el sofá. Mis ojos recorrieron las primeras líneas. Ya lo había leído, pero esta vez, había algo diferente. Yo era diferente.

Con cada página que pasaba, mi irritación inicial se desvanecía. Su escritura era errática, sí. Había momentos en que parecía que perdía el control de la trama. Pero entonces, como si encendiera una chispa, lograba una profundidad emocional que me dejaba sin aliento.

Hubo un momento en particular, un diálogo entre dos de sus personajes principales, que me golpeó con fuerza. Las palabras eran crudas, directas, y llenas de una honestidad que pocas veces encontraba en los autores que solían pulir todo hasta la perfección.

"El caos también es un tipo de orden", decía uno de sus personajes. "Solo tienes que saber cómo bailar con él."

Me recosté en el sofá, dejándome arrastrar por sus palabras. ¿Cómo había hecho esto? ¿Cómo una escritora tan joven, tan inesperada, había logrado llegar a mí de esta manera?

Y luego vino el pensamiento más peligroso de todos. No solo me gustaba su trabajo. Me gustaba ella.

Apreté los dientes, recordando la sonrisa de Kathleen, su manera de desafiarme en la oficina, la forma en que sus ojos se iluminaron cuando le hice una crítica. Era fuerte, y eso me intrigaba. Pero el problema era el mismo de siempre: no podía dejarme llevar por eso.

No otra vez.

Otra escritora no.

Me lo había prometido a mí mismo.

Felicity había sido una lección que aún llevaba en la piel. No podía permitirme caer en el mismo error.

Pero mientras cerraba el manuscrito, fui consciente de mi realidad: no iba a ser tan fácil pasar página con Kathleen Meek.

CAPÍTULO 3

KATHLEEN

Pasear por el mercado de productos orgánicos de Bushville siempre me relajaba. Había algo en el bullicio de la gente, los colores de las frutas y verduras, y el aroma a pan recién horneado que me hacía sentir como en otro mundo. Era el plan perfecto para un sábado por la mañana.

Mi hermana Kelly, como siempre, estaba a mi lado, lanzando comentarios sarcásticos sobre todo lo que veía. Solíamos vernos allí una vez a la semana, para dar una vuelta y comprar algunas cosas.

—¿Sabes qué es lo peor de los mercados orgánicos? —dijo mientras examinaba una cesta de zanahorias de colores—. El precio. Una zanahoria morada como esta no debería costar más solo porque parece exótica.

Sonreí mientras cogía una bolsa de tomates *cherry*.

—Tal vez si las zanahorias fueran menos *mainstream*, no te molestaría tanto pagar por ellas.

—O tal vez deberían inventar una versión más asequible para los que no queremos vender un riñón por comer sano —replicó, replegando su cesta con un poco de dramatismo.

Había pasado la mayor parte de aquel paseo intentando no pensar en él, pero era imposible. Travis Belford se había metido en mi cabeza y no había manera de sacarlo de ahí.

Seguía dándole vueltas a nuestra primera reunión, a sus ojos, sus labios, a la forma de mirarme y de retarme. En aquel momento para mí era una guía, una figura de autoridad en mi vida, y sentirme tan atraída por él debería ser el último de mis planes.

Y, sobre todo, lo que me desconcertaba era lo que había hecho con mi manuscrito. Las primeras recomendaciones que me había dado para mejorarlo eran precisas, casi como si pudiera leer mis pensamientos. Estaba de acuerdo con todas.

Kelly notó que estaba en mi mundo, algo bastante habitual en mí, y me dio un pequeño empujón con el codo.

—Deja de soñar despierta. ¿En qué piensas?

—En Travis —admití, antes de coger una manzana de una de las cestas.

—¿Travis? —repitió Kelly, con una sonrisa curiosa—. ¿Ese es uno de tus nuevos personajes o estamos hablando de un ser humano real?

Paseé la vista por el puesto de fruta, aunque sabía que no iba a escaparme fácilmente de sus preguntas.

—Es un agente literario. Bueno, no mi agente. Todavía no —me corregí rápidamente, dándole un mordisco a la manzana ante la mirada atónita del tendero—. Nos conocimos hace un par de días y... no sé, Kelly. Es extraño. Al principio parecía completamente irritado conmigo, pero luego algo cambió. Me ha enviado sus comentarios sobre los primeros cinco capítulos de la novela que le envié y eran tan precisos que me sorprendió.

—Espera, espera. ¿Un agente? ¿Eso significa que...?

—En realidad solo es un primer paso. Un agente se ocupa de buscar una editorial para tu libro.

—O sea, como un intermediario...

—Eso es...

Kelly se detuvo y me miró directamente.

—Ahá. ¿Y qué pasa con él? ¿Te gusta?

—No es eso —me apresuré a decir, pero el rubor en mis mejillas me traicionó—. Es decir, es... atractivo. Pero es más que eso. Hay algo en él que me confunde. No es como otros agentes con los que me he reunido. Es severo, sí, pero también me escuchó, y eso no me lo esperaba.

—Un momento, vas muy deprisa. ¿Agentes? ¿En plural? O sea, que esto va en serio.

—Siempre he ido en serio en lo que a escribir se refiere, Kelly. Ya sé que tú no lo consideras un trabajo real...pero para mí es mucho más que eso.

Mi hermana recondujo la conversación enseguida. Sabía que ese era uno de mis puntos flacos. Suspiró dramáticamente y señaló una caja de limones gigantes. Me acerqué a ellos.

—Déjame adivinar: un hombre severo pero misterioso, que te desafía intelectualmente y, además, es guapo. ¡Nunca habías caído en ese cliché, hermana!

—No es un cliché —protesté, tratando de no sonreír—. Es solo que me hace sentir como si tuviera que demostrarle algo. Y al mismo tiempo, me da espacio para ser yo misma. Creativamente hablando, claro. No es fácil de explicar.

Kelly asintió, fingiendo estar interesada, mientras examinaba una planta de albahaca.

—Bueno, sea lo que sea, asegúrate de mantenerlo todo en el plano profesional. Al menos hasta que tengas un contrato succulento bajo el brazo. Ya sabes lo que dicen sobre mezclar trabajo y placer.

—¡Es trabajo! —exclamé—. No hemos hablado de nada que no tenga que ver con la novela.

—Ya —dijo ella, claramente escéptica—. Y, dime, ¿cómo de "profesional" es cuando has mencionado lo atractivo que te parece?

Solté una risa nerviosa, dándole un empujón en el brazo.

—Solo estoy siendo honesta.

—A decir verdad, me encantaría ver cómo manejas esta situación —dijo Kelly, con esa sonrisa burlona a la que siempre recurría cuando veía una oportunidad para meterse conmigo—. Pero por ahora, vamos a comprar unas fresas. Si vas a enamorarte de tu agente, al menos deberías estar comiendo algo delicioso y sensual mientras lo haces.

Me reí a carcajadas.

—Eres ridícula, hermana.

Kelly siempre tenía la habilidad de darle la vuelta cualquier situación seria y hacerla divertida. Mientras caminábamos hacia el puesto de fresas que nos llamaba desde la distancia, sentí que me había quitado un pequeño peso de encima. A veces, hablar con mi hermana y que ella se metiera conmigo era lo único que necesitaba para poner las cosas en perspectiva.

Cuando llegué a casa esa tarde, dejé las bolsas en la cocina y me desplomé en el sofá. Saqué el móvil y revisé los correos electrónicos sin muchas expectativas. Y ahí estaba: Travis Belford. Mi corazón dio un pequeño vuelco, aunque traté de ignorarlo. Abrí el email:

De: Travis Belford

Asunto: Almuerzo

Kathleen,

Espero que estés bien. He revisado los primeros cinco capítulos que me enviaste, pero preferiría discutir algunos detalles en persona. ¿Te parece bien si nos vemos el lunes para almorzar? No será en la oficina esta vez.

Travis.

Lo releí dos veces, asegurándome de no haberlo malinterpretado. Almorzar. No en la oficina. Eso era definitivamente... ¿informal? O puede que menos formal de lo que esperaba. Sentí un cosquilleo de pura emoción en la base de mi estómago.

Pero, al mismo tiempo, una pequeña parte de mí estaba nerviosa. Aquella era la típica cosa a la que podía dar vueltas y vueltas hasta entrar en un bucle. ¿Por qué almuerzo y no simplemente una reunión en la oficina? ¿Qué quería discutir en persona que no podía poner por escrito? Mi mente empezó a correr en todas direcciones, imaginando mil escenarios diferentes.

Cogí aire y meforcé a responder de inmediato, antes de que el pánico me dominara:

De: Kathleen Meek

Asunto: Re: Almuerzo

Hola Travis,

Gracias por tus comentarios. Estaré encantada de reunirme contigo para almorzar este lunes. ¿Tienes algún lugar en mente? Envíame sitio y hora.

Kathleen

Si Travis no me gustase más allá del hecho de que podía hacer que mi novela llegase a las librerías, no sentiría esos nervios repentinos y traicioneros al hacer clic en “enviar”.

Sentía que esto no era solo una reunión de trabajo, o al menos no lo parecía. Había algo más en juego aquí, algo que no podía nombrar, pero que sentía en cada pequeño intercambio que teníamos.

Cerré el ordenador y cogí mi teléfono móvil. Le envié un mensaje de audio a mi hermana contándole las novedades, y me llamó enseguida. La muy cotilla...

—¡Así que ya hay novedades! ¿eh? Esto va rápido —dijo sin preámbulos, y supe que estaba leyendo mis pensamientos, de alguna manera.

—Acabo de recibir un correo de Travis. Me quiere ver mañana para almorzar —me dejé caer de nuevo en el sofá.

—Por favor, dime que no vas a llevar esos pantalones anchos *antisexy* que usas cuando te pones nerviosa. ¡Aquí estamos hablando de negocios y seducción!

—No hay seducción. Es solo una reunión.

Kelly soltó una carcajada al otro lado de la línea.

—Ay, hermanita. Me encantaría creerlo, pero algo me dice que en este almuerzo va a haber mucho más que charlas sobre libros.

Me mordí el labio, sin saber cómo responder. Por más que intentara mantener las cosas solo en lo profesional, había algo en Travis que me atraía irremediabilmente. Y ahora, con este almuerzo, esta nueva...posibilidad, sentía que esa línea que intentaba mantener tan clara empezaba a desdibujarse.

CAPÍTULO 4

TRAVIS

Salir del restaurante con Kathleen a mi lado fue como abandonar una burbuja de tensión contenida. Durante el almuerzo, habíamos hablado *algo* de su novela, pero lo único en lo que podía concentrarme era en ella: en cómo sus ojos brillaban cuando discutía una de mis sugerencias, la manera en que su sonrisa fácil hacía que olvidara todo lo demás. Esto era un problema, lo sabía. Pero no podía evitarlo.

—No ha estado mal, ¿verdad? —dijo Kathleen, mientras caminábamos por las calles del Village.

—¿El almuerzo? —respondí—. Depende. Si me lo preguntas por la comida, estuvo excelente. Es uno de mis italianos favoritos. Si te refieres a tu libro, me reafirmo: me encantaron los primeros cinco capítulos reescritos. Mucho mejor que la versión original.

Sonrió de nuevo. ¿Aún estaba nerviosa?

—Supongo que es un gran cumplido, viniendo de alguien como tú. No sabía si las modificaciones que sugeriste encajarían bien, pero me alegra haber seguido tu consejo.

Nos detuvimos en una esquina, ante el semáforo en rojo y la gente cruzando delante de nosotros. La miré, y supe que lo que iba a decir a continuación no era solo sobre la novela.

—Quiero que me envíes diez capítulos más. Los diez siguientes.

Ella parpadeó, sorprendida.

—¿Diez más? ¿Así, de golpe?

Asentí, intentando mantener mi expresión neutral.

—Sí. Quiero ver cómo se desarrolla la historia. Ya te dije que creo que tiene mucho potencial, pero quiero estar seguro antes de poner cualquier contrato sobre la mesa y empezar a hacer llamadas.

Kathleen inclinó la cabeza, evaluándome con una mirada que me hizo sentir casi desnudo.

—Potencial —repitió, suavemente—. Eso es lo que crees que tiene mi historia.

—Entre otras cosas.

Mis palabras sonaban cuidadosas, casi cautelosas. Hablar de su novela me daba el margen que necesitaba para ocultar lo que realmente estaba pensando.

El semáforo se puso en verde y comenzamos a caminar de nuevo. El sol de la tarde se filtraba entre los edificios altos, bañando las calles con una luz cálida. El aire de Nueva York tenía ese toque vibrante que solo se encuentra aquí: caótico pero lleno de vida.

—Así que tu agencia estaría dispuesta a representarme —dijo ella, mirando al frente.

Aquella chica no daba puntada sin hilo.

Quería una confirmación, un acuerdo verbal que yo todavía no le podía dar, principalmente porque tenía algo más entre manos. Supongo que estaba jugando con fuego.

—Lo estaría.

Mi tono era serio, pero por dentro luchaba con la verdad. Sabía que esto no era del todo cierto. Claro, el libro tenía posibilidades, pero mi interés iba mucho más allá de su trabajo.

Ella me lanzó una mirada astuta.

—Pero no hay contrato aún.

—No —respondí con voz grave—. Aún no.

Kathleen se detuvo un poco en seco, mirándome con curiosidad. Sus nervios parecían haberse evaporado.

—Y... ¿por qué no? —preguntó—. ¿Qué te detiene?

Mis labios se tensaron. No esperaba que fuera tan directa, pero debería haberlo sabido. Kathleen no era del tipo de persona que se andaba con rodeos. Me detuve también y giré hacia ella, estudiando su rostro por un largo momento.

Mi mente volvió a Felicity, y sentí un dolor familiar en el pecho. Felicity, la escritora talentosa con la que había trabajado, y con quien tuve una relación más allá de lo profesional. Felicity, quien había decidido poner fin a su vida cuando todo se desmoronó entre nosotros.

Ese recuerdo me mantenía al margen. Me mantenía encerrado en un muro de precaución y miedo.

—No es algo que pueda explicarte fácilmente —le dije finalmente, bajando un poco la voz.

Kathleen frunció los labios, y pude ver que no estaba satisfecha con esa respuesta, pero asintió.

—Bien. No quiero que pienses que estoy presionando. Solo... me parece curioso. Como si hubiera algo más que no me estás diciendo.

—Lo hay —admití, antes de sonreír levemente—. Pero, por ahora, sigamos con el paseo. Prometí mostrarte algo.

Me miró de nuevo, pero su semblante se relajó un poco.

—¿Algo? ¿Qué es ese "algo", exactamente?

—Ya lo verás —respondí, dejándome llevar por el delicioso tono juguetón que acabábamos de recuperar.

Caminamos un par de minutos más. La charla fluía con una facilidad que me desconcertaba. Era curioso cómo Kathleen conseguía derribar mis barreras sin esfuerzo. Hablamos de su novela, de mis sugerencias, pero también de cosas triviales, como qué puestos de comida callejera evitar en Nueva York y qué barrios estaban ahora de moda. Era fácil estar con ella, demasiado fácil.

Finalmente, llegamos a un pequeño rincón escondido entre los edificios del Village. Era un jardín zen, pequeño y discreto, que casi nadie conocía. Los sonidos de la ciudad se apagaban en este lugar, como si estuviéramos en un refugio secreto.

Kathleen giró sobre sí misma.

—¿Cómo demonios has descubierto este sitio? —preguntó, maravillada por la calma que nos rodeaba.

—Es uno de mis lugares favoritos para pensar.

Me acerqué a un banco de piedra y me senté, invitándola a unirse a mí.

—¿Vienes aquí a menudo? —preguntó, sentándose a mi lado, tan cerca que nuestras rodillas casi se rozaban.

—Cuando necesito claridad —respondí, girando la cabeza para mirarla directamente a los ojos.

Algo entre nosotros cambió en ese momento. La conversación ligera se detuvo, y lo que quedó allí, en ese hueco entre nuestros labios, era algo palpable, algo que hacía que cada segundo se alargara. *Claridad*. Eso era lo que sentía en este lugar, y sin embargo, con Kathleen,

todo se volvía nebuloso, incierto.

—¿Y tienes claridad ahora? —susurró ella, en una voz baja y tentadora.

Mis ojos bajaron a sus labios, y supe que ya no podía contenerme más. Tal vez no debía hacerlo, tal vez era un error enorme y estaba metiendo la pata hasta el fondo, pero en ese instante, no me importó. Me incliné hacia ella, rompiendo la distancia que nos separaba, y la besé.

Fue como cruzar un umbral que había estado evitando desde el primer día. Fue un beso suave, pero desbordado por una intensidad que me conmovió. Kathleen no se apartó, al contrario, respondió con una pasión que me dejó sin aliento. Era como si los dos supiéramos que esto iba más allá de cualquier contrato o novela.

Cuando nos separamos, sus ojos seguían fijos en los míos, sorprendidos pero también... complacidos.

—¿Qué fue eso? —susurró.

—Algo que llevaba días queriendo hacer —respondí, incapaz de ocultar una sonrisa.

Ella se rió suavemente, inclinándose hacia mí con un brillo especial en los ojos.

—Bueno, pues me alegra que finalmente lo hicieras.

Y en ese momento, supe que no había vuelta atrás.

Kathleen Meek había entrado en mi vida y no tenía ninguna intención de dejarla salir.

CAPÍTULO 5

KATHLEEN

Estaba sentada frente a mi portátil. La claridad de la tarde se colaba entres las cortinas mientras mi dedo se desplazaba inquieto encima del ratón.

Habían sido dos días enteros de trabajo ininterrumpido, tratando de concentrarme en la reescritura de los siguientes diez capítulos para Travis, pero la realidad era que no podía sacarme su imagen de mi cabeza. Ni su imagen ni el recuerdo de ese beso.

El jardín zen en el Village. El aire plomizo de Nueva York que de repente se había vuelto ligero a nuestro alrededor. La forma en que sus labios habían buscado los míos, como si ambos lo hubiéramos estado esperando desde el primer momento en que nos vimos. Fue rápido, pero el eco de ese beso se repetía una y otra vez en mi mente, envolviéndome en una sensación de la que no podía ni quería deshacerme.

Suspiré, mirando el correo electrónico en mi bandeja de enviados. La nueva entrega estaba hecha, los capítulos ya en manos de Travis, pero algo en mí temía haber arruinado todo. Su email de respuesta había sido un rápido y escueto: *OK. Recibido.*

Tal vez él se había arrepentido de ese beso.

Tal vez aquello había sido un error y más pronto que tarde estaría de nuevo en busca de agente.

¿Y si ese beso había sido una equivocación para él? ¿Se había echado atrás? Habían pasado tres días y no había vuelto a mencionar nada desde entonces. Lo único que sabía es que mis emociones estaban fuera de control. Estaba obsesionándome con alguien que no debería.

Concéntrate, Kathleen, me dije en voz baja. Pero el vacío en mi mente seguía siendo ocupado por Travis Belford.

Lo único que podía hacer era buscar una distracción... o tal vez no. Mi curiosidad me llevó a abrir una pestaña de Google. En un impulso, mis dedos empezaron a escribir su nombre: Travis Belford.

No deberías estar haciendo esto, murmuré de nuevo, pero esa vocecita no me detuvo.

Los resultados aparecieron rápidamente. Lo que encontré fue una mezcla de artículos sobre su éxito como agente literario, entrevistas, premios que había ganado... Pero lo que realmente llamó mi atención fue un nombre que ya conocía: Felicity Harmon.

Me quedé paralizada. Sabía quién era Felicity, la escritora que había sacudido el mundo de la literatura con su estilo provocador y sus personajes trágicos. Lo que no sabía, lo que nunca había conectado, era que Travis había sido su agente.

Las noticias eran devastadoras. Habían pasado ya algunos años, pero estaba todo allí, en Internet. Felicity Harmon, la escritora brillante, murió de forma trágica y repentina.

Se decía que estaba pasando por una etapa difícil, que su última novela no había sido bien recibida y que sus problemas personales habían empeorado. Y entonces, un nombre seguía

apareciendo una y otra vez en los artículos: Travis Belford. Su agente. Su confidente. Su, quizás, amante. Esto último lo leí en un blog de cotilleos literarios.

El estómago se me encogió.

Cerré el portátil de golpe, tratando de controlar un cóctel de emociones: sorpresa, incomodidad y algo más que no podía identificar del todo.

¿Había más cosas en la historia de Travis que no sabía? Claro, era evidente que tenía un pasado, como todos, pero esto... esto lo complicaba todo. Y, de repente, todas las dudas que me habían estado rondando se intensificaron. ¿Me había besado porque realmente quería hacerlo, o había algo roto dentro de él, algo que no había podido dejar atrás?

Fui a la cocina a prepararme una de mis infusiones, tratando de calmarme, pero mi mente ya había empezado a trabajar a mil por hora. ¿Y si Travis era uno de esos hombres marcados por tragedias que arrastraban consigo un vacío que nunca podría llenar?

Sin pensarlo demasiado, busqué mi teléfono y llamé a Kelly. Mi hermana siempre había sido mi voz de la razón, aunque a veces me parecía que su “razón” tendía a ser demasiado pragmática para mi gusto. Lo cogió en apenas unos segundos.

—¿Kath? —respondió con voz animada—. ¡No me digas que has terminado el libro ya! Las correcciones que te han pedido, me refiero.

—No, todavía no —dije, esforzándome por sonar más tranquila de lo que me sentía—. Quería hablar contigo sobre algo... algo que acabo de descubrir.

—Mmmm, claro, dame un segundo. ¿Qué ha pasado?

Dudé un instante, pero después de haber leído lo de Felicity, tenía que contárselo. Quería escuchar la opinión de Kelly, aunque ya sabía que probablemente no me gustaría lo que iba a escuchar.

—Es sobre Travis, mi... bueno, el agente literario con el que estoy trabajando.

Kelly guardó silencio durante un segundo, como si supiera que algo importante venía detrás. Que las bromitas del día del mercado habían dado paso a algo más serio.

—¿Qué pasa con Travis? —preguntó finalmente.

Me mordí el labio, intentando encontrar las palabras.

—He estado leyendo un poco sobre Felicity Harmon. ¿Te acuerdas de ella? Te regalé un libro suyo unas Navidades, hace unos años.

—Sí. Yo me compré un par más, de hecho —la voz de Kelly se volvió más cautelosa—. Felicity tenía mucho talento, pero su final fue... ya sabes, trágico. ¿Qué tiene que ver Travis con todo eso?

—Era su agente.

Las palabras salieron como un susurro, pero la respuesta de Kelly fue rápida.

—Oh. ¿Y entonces?

—Kelly, no sé. Es extraño. Todo esto ha salido de la nada. Ya sabes que me cuesta concentrarme desde que lo conocí. Pero ahora... ahora sé que estuvo involucrado de alguna manera en la vida de esta escritora que terminó quitándose la vida. Y me da que pensar. Sobre qué tipo de relación tuvo con ella. He visto un breve vídeo de la recepción que hubo en el funeral. En él salía Travis. Y se le veía devastado. Un hombre y una mujer prácticamente lo sostenían.

Kelly suspiró al otro lado de la línea, y la imaginé frotándose la frente, como solía hacer cuando intentaba desentrañar algo complicado.

—Kathleen, suena como si te estuvieras metiendo en terreno pantanoso. No conozco a este hombre, pero... si ya tiene un historial tan complicado, no sé si deberías seguir adelante. Quiero

decir, ¿de verdad merece la pena? ¿Tenéis ya un contrato en firme?

—Todavía no.

—Uf... ¿Te ha dado alguna fecha? Esto me huele un poco a chamusquina.

Pensé en el beso. Estuve a punto de contárselo a mi hermana, pero no me apetecía recibir una de sus reprimendas.

Y quise también decirle que no tenía por qué ser así, que Travis era un profesional y que lo del contrato era solo una formalidad, que de hecho ya estábamos trabajando en la novela y que si por una catástrofe todo se viniese abajo, yo ya habría mejorado el texto gracias a sus observaciones. Algo dentro de mí me detuvo, y me di cuenta de que ni siquiera yo estaba completamente segura.

—No lo sé, Kelly —admití finalmente—. Al margen de la novela, es él en quien pienso. Es que... siento que hay algo más en él. Algo que me atrae, pero también me asusta. Y ahora no puedo ignorar lo que pasó con Felicity, lo había olvidado por completo, pero tampoco puedo dejar de pensar en él.

—Kath, por favor, no te hagas daño. Lo último que quiero es verte atrapada en algo que pueda salir mal. Por lo que me cuentas, suena como si este tipo estuviera atormentado por algo que tú no puedes arreglar.

Eso era exactamente lo que temía. Que Travis estuviera roto por dentro, y que mi atracción hacia él solo me llevara a la misma oscuridad en la que había caído Felicity. Pero... no podía evitarlo. Lo deseaba. Deseaba saber más sobre él, entenderlo, y sí, quizás arreglar algo que estaba mal en los dos.

—Voy a ser cuidadosa —dije, aunque ni yo misma me lo creía del todo—. Lo prometo.

Kelly suspiró otra vez, y su voz se suavizó.

—Solo ten cuidado, ¿de acuerdo? A veces las personas nos atraen por razones que no son del todo buenas.

Colgamos, y me quedé mirando el teléfono durante un largo rato. Kelly tenía razón. Pero no podía evitar sentir que, a pesar de todo, Travis y yo estábamos destinados a entrelazar nuestras vidas de una forma u otra.

Solo que ahora no sabía si eso era lo mejor.

Justo cuando estaba a punto de apagar el portátil y rendirme al caos de mis pensamientos, mi bandeja de entrada parpadeó con una nueva notificación.

Era un email de Travis. El corazón me dio un vuelco al ver su nombre. Abrí el mensaje con nerviosismo, esperando... ¿qué exactamente? No lo sabía. Pero el correo era breve, casi frío.

Kathleen, me gustaría que hablásemos sobre los últimos diez capítulos mañana. Nos vemos en mi oficina, a las 20:00.

Me quedé mirando la pantalla, sintiendo una pequeña punzada en el pecho. Después del beso, después de todo lo que había pasado entre nosotros, me sorprendía que él quisiera volver a su oficina, a un entorno tan... clínico.

Habría esperado algo más personal. El hecho de que volviera a citarme en allí, como si nada hubiera ocurrido entre nosotros, me dejaba un sabor amargo. La expectativa de un encuentro más íntimo se desvaneció lentamente, y me di cuenta de que, a pesar de todo, ya me había hecho ilusiones.

Maldita sea.

CAPÍTULO 6

TRAVIS

Había algo en la penumbra de la oficina a esa hora que hacía que todo pareciese más íntimo de lo que yo había previsto. El edificio estaba casi vacío; Claire se había ido hacía rato, y solo el leve zumbido de las luces del pasillo interrumpía el silencio.

Kathleen estaba sentada frente a mí, con toda su atención focalizada en el arsenal de papeles que tenía sobre el escritorio, pero todo lo que yo podía hacer era observarla a ella.

Llevaba una blusa ajustada que, aunque elegante, dejaba ver un escote que me tenía al borde del abismo. Y esas piernas, largas, cruzadas con una aparente despreocupación, asomaban bajo la falda. El efecto que provocaba en mí era devastador. Me intoxicaba. ¿Qué demonios había estado pensando al citarla aquí, en mi oficina, a solas, casi de noche? Me había puesto a prueba a mí mismo, y estaba perdiendo estrepitosamente.

—Entonces, ¿qué te ha parecido? —preguntó de repente, rompiendo el silencio con su voz suave, mientras levantaba la vista de los papeles.

Intenté concentrarme en los diez capítulos que había leído, pero mi mente estaba dispersa. Había algo en el ambiente, en la forma en que la luz de mi lámpara Stark caía sobre su piel, que hacía que cada palabra que intercambiábamos se desdoblase en docenas de significados. Me aclaré la garganta y meforcé a mantener mi postura más profesional.

—Son excelentes, Kathleen —dije, con una voz más grave de lo que esperaba—. La forma en que has reescrito la tensión entre los personajes... La historia está mucho más viva ahora. El desarrollo es sólido, y hay momentos que realmente te atrapan —me incliné ligeramente hacia adelante, tratando de mantener los ojos en los papeles y no en ella—. Creo que Claire y yo podemos trabajar con esto. Puedo empezar a llamar a algunos editores.

Ella sonrió, inclinando la cabeza de una forma que me hizo pensar que tal vez sospechaba el efecto que estaba causando en mí.

Esa chispa traviesa en sus ojos no ayudaba en absoluto. Me la quedé mirando un segundo más del que debería, perdiéndome en esa seguridad y vulnerabilidad que ella llevaba tan bien.

—Me alegra que te guste, Travis —se recostó ligeramente en la silla, haciendo que su blusa se ajustara aún más a su figura. Mi control se tambaleaba—. Pero siento que todavía hay algo que no dices. ¿Debería preocuparme?

Un destello de duda cruzó su rostro, y por un momento pude ver más allá de la fachada. Ella realmente se estaba preguntando si había algo más, si había alguna crítica que no había expresado. En realidad, la única crítica que tenía en mente era hacia mí mismo, por ser tan débil en su presencia.

—No hay nada de qué preocuparse —mi voz sonó tensa incluso para mis oídos, y Kathleen levantó una ceja—. Es solo que... Bueno, ya sabes, hay ciertas partes que todavía me gustaría

pulir un poco. Pero en general, está en la dirección correcta.

Ella asintió, mordiéndose ligeramente el labio mientras apartaba la vista, una pequeña señal de nerviosismo que me hizo querer cruzar el escritorio y besarla de nuevo. *Maldita sea, Travis, contrólate.*

—¿Por qué aquí? —preguntó de repente, con un tono más bajo, más suave.

Su pregunta me pilló por sorpresa.

—¿Qué?

—¿Por qué me has citado en tu oficina esta vez? Después de lo del otro día... —se detuvo, dejando el final de la frase flotando en el aire entre nosotros.

La razón estaba más que clara, pero no podía decirla.

No podía decirle que la había citado aquí porque necesitaba desesperadamente recordarme que esto era una relación profesional. Porque, de alguna manera, estar en un lugar tan formal, tan estructurado, me ayudaba a no lanzarme sobre ella. Pero había sido un error. La oficina estaba vacía, la noche cayendo, y la cercanía entre nosotros hacía que todo pareciese mucho menos profesional y mucho más íntimo. Como si este espacio fuera solo nuestro, apartado del mundo real.

—Creí que sería mejor hablar de estos nuevos capítulos aquí —mentí a medias—. En un lugar más... apropiado.

Ella no dijo nada durante unos segundos, solo me miró. Sabía que mi respuesta no era del todo honesta. Lo sabía, y eso solo aumentaba la tensión.

—¿Apropiado? ¿Casi de noche? —repitió, con una sonrisa ladeada asomándose a sus labios—. No estoy tan segura de eso.

Me reí, más como un mecanismo de defensa que por encontrarlo gracioso. La había traído aquí pensando que sería más fácil mantener las cosas en orden. Al menos mientras terminábamos de pulir la novela. Pero mientras la miraba, sabía que había cometido un error. Un error peligroso.

Me levanté, asustado por mis propios pensamientos. Y ella hizo lo mismo.

—Travis...

Nos besamos, y ella se recostó en la mesa mientras empezaba a desabotonar mi camisa.

CAPÍTULO 7

KATHLEEN

Saboreé el orgasmo que había tenido con aquel primer contacto. Sentí como mi rostro se enrojecía, incapaz de expresarlo en voz alta, de confesar que acababa de correrme con un solo beso.

La primera vez que Travis me besó estábamos los dos sentados en un banco de piedra, y allí, de pie junto a su mesa, me di cuenta de lo grande que era. Tal vez era el chico más alto con el que había estado. Se había acercado, me había besado por el cuello y había pegado su cadera a la mía. Y yo me había corrido. Así de fácil.

Me arrodillé. Quería devolverle aquella explosión. Saqué su miembro del pantalón y me lo metí en la boca, excitándome aún más por las implicaciones de hacer aquello en mitad de nuestra reunión. Había perdido la cabeza por completo, pero a juzgar por sus gemidos, no parecía que eso le preocupase a Travis.

Nunca he sido muy fan de las felaciones. Tenían un componente de sumisión que no siempre encajaba conmigo; pero de alguna manera, allí, con Travis, me sentía muy poderosa. Era alto y fuerte, y sin embargo yo lo tenía a mi completa merced.

Rodeé su miembro con mi lengua, mientras él la introducía un poco más. Era evidente que estaba haciendo un serio esfuerzo por controlarse, pero no era eso lo que yo quería. Así que aumenté el ritmo; más rápido y mucho más húmedo, hasta que Travis entró en una especie de trance. Definitivamente, era yo la que estaba al mando, y eso era una verdad contundente.

—Kathleen, para —murmuró, como si le faltase el aire—. Hay otras cosas que quiero hacer antes de correrme.

Me detuve, apretando por última vez con mis labios. Me puse en pie, y él se echó encima de mí, obligándome a sentarme sobre su mesa.

—¿Quieres...? —pregunté.

—Sí, claro que sí —dijo, leyéndome la mente.

Me agarró por las nalgas y me atrajo hacia sí.

La busqué con mis manos y la posicioné en mi entrada, y entonces me deslicé un poco sobre la mesa hasta que nuestros cuerpos encajaron a la perfección.

Era de un tamaño considerable y ya la había explorado con mi lengua, pero por un momento me preocupé un poco de que mi cuerpo no pudiese con ella. Sin embargo, la polla de Travis se deslizó en mi interior como si hubiese nacido para ello. Me detuve un momento para ajustarme a su grosor mientras respiraba hondo.

—Dios, Kathleen. Es la mejor sensación del mundo —dijo.

Noté enseguida que volvía a contenerse, que lo que en realidad quería Travis era follarme hasta el fondo, a poder ser con un ritmo endiablado. Menos mal que ya nos habíamos amoldado el uno al otro. Levanté un poco mis caderas para facilitarle el camino.

Él me cogió y me atrajo de nuevo hacia sí. No sé en qué momento mis pechos se habían desbordado, rebosando por la parte superior del sujetador, pero la cuestión es que mis pezones estaban al aire. Él atrapó uno de ellos en su boca. Empezó un juego irresistible con él, lamiéndolo, mordisqueándolo un poco, succionándolo...

Antes de que me diese cuenta, mis caderas se movían solas, a pesar de que era él quien estaba de pie. Yo me revolvía encima de su mesa. Su miembro crecía dentro de mi cuerpo, y al parecer había topado con algo que me tenía al borde de un nuevo orgasmo.

—Eres tan increíble —dijo, apartándose un momento de mis pechos para mirarme—. Ver como te mueves buscando tu propio placer es lo más maravilloso de este mundo, Kathleen.

Contuve el aliento cuando fui consciente de que Travis, ahí dentro, había alcanzado mi punto G de nuevo.

—Eso es, preciosa —dijo, sujetando mis caderas—. Necesito que te corras para mí, otra vez.

Y como si hubiese estado esperando a su permiso explícito, mi orgasmo me arrasó una vez más, mientras él se volcaba sobre mi cuerpo y yo respiraba a duras penas junto a su oído.

—Qué buena chica —dijo, y yo podía sentir su sonrisa solo con su voz—. ¿Estabas esperando a que yo te dijese que te corrieras?

—No lo sé —respondí—. Nunca lo he hecho a petición de alguien...como ha pasado ahora.

—¿No? Entonces tendremos que practicar más veces.

Sujetó mis caderas con firmeza y empezó a entrar y salir, más rápido. Más fuerte y duro. Hubo un momento en que se detuvo, salió de mi cuerpo y me pidió que me diese la vuelta. Yo lo hice, y eso me dio un respiro. Puse la mejilla sobre su mesa, sobre mi propio manuscrito desperdigado. Se me olvidó todo lo que habíamos hablado en ese rato. Lo único que existía para mí en ese momento era la increíble sensación de ser penetrada hasta la extenuación.

Perdí la noción del tiempo.

Noté cómo caía de nuevo en una especie de espiral que me llevaba de nuevo hasta un potente clímax, al que mi cuerpo podría acostumbrarse perfectamente.

—Córrete otra vez, Kathleen. Córrete para mí.

Y exploté otra vez.

Así de sencillo.

Así de fácil lo hacía él, y así conocía mi cuerpo, en apenas unos minutos que se sentían como décadas.

Noté como Travis seguía bombeando mientras yo trataba de cabalgar aquella brutal ola. Y en apenas unos segundos, su ritmo se volvió irregular y noté cómo se derramaba entre mis piernas, caliente y viscoso.

Y en lugar de apartarse, me abrazó con más fuerza y me susurró en el oído:

—Tienes que saber que eres mía, Kathleen.

CAPÍTULO 8

KATHLEEN

Estaba sentada frente a mi escritorio, premiándome con un delicioso té de almendras y un donut. La sensación de satisfacción y alegría que flotaba en el aire era indescriptible. Había terminado las últimas revisiones de mi novela.

Después de días intensos de reescrituras, varias noches sin dormir y ese vaivén emocional con Travis que había sido todo un reto para mi concentración, por fin lo había logrado. Todo el esfuerzo había valido la pena, y ahora estaba lista para entregar el final.

Sonreí mientras repasaba mentalmente los últimos días. Lo que había pasado entre Travis y yo parecía casi surrealista. Nos habíamos besado en el jardín zen, en su oficina había habido fuegos artificiales, y desde entonces... bueno, podía decirse que estábamos juntos.

O al menos eso sentía.

Había química y deseo, pero también una conexión más profunda que se había ido construyendo a través de cada interacción, cada conversación sobre la novela, cada mirada furtiva que cruzábamos sin que las palabras fueran necesarias.

Pero a pesar de todo, yo necesitaba concentrarme en terminar el manuscrito. Habíamos hablado de eso, y Travis había sido comprensivo cuando le pedí unos días para aislarme. "Lo primero es la novela", me había dicho con esa voz grave que me derretía, "después ya veremos". Y aquí estaba, feliz, con mi obra terminada y lista para ser enviada.

Él, por su parte, estaba en Chicago. Uno de sus autores más importantes había solicitado su presencia, y Travis había tenido que viajar de repente.

Me dijo que solo sería una semana, tal vez un poco más, pero que estaría disponible para cualquier cosa relacionada con mi libro. Lo cierto es que me sentía bastante tranquila. Saber que él volvería pronto y que las cosas entre nosotros iban bien me daba una extraña paz interior.

Abrí mi correo, adjunté el manuscrito y tecleé una nota rápida para Travis.

Travis, aquí está. El final. Me muero por saber qué piensas. Besos, Kath.

Hice clic en "Enviar" y me recosté en la silla, cerrando los ojos por un momento. Lo había logrado. Todo estaba en su sitio, por fin. Ahora solo faltaba esperar a que él regresara y pudiéramos celebrarlo juntos. Quizás con una cena, o tal vez algo más íntimo. La idea de tenerlo de vuelta conmigo me hizo sonreír como una adolescente.

Justo cuando estaba a punto de levantarme y prepararme algo más consistente para comer, mi móvil vibró. Miré la pantalla y noté que era un correo nuevo. Al principio pensé que sería Travis, quizás sorprendiéndome con una respuesta rápida. Pero no. El remitente era Claire. Su socia en la agencia. No la conocía aún en persona.

Deslicé el dedo por la pantalla y abrí el mensaje, sin darle demasiada importancia al

principio.

*Hola Kathleen,
Espero que estés bien. Te escribo porque Travis me ha comunicado que has terminado tu novela, ¡felicidades! Quería comentarte que, si te parece bien, seré yo quien se ocupe de buscarte un editor y de seguir con el proceso.*

Travis ha decidido dejar la agencia, y aunque no me ha dado demasiados detalles todavía, parece que su viaje a Chicago será el último. Si te soy sincera, estoy un poco en shock, pero haremos que todo salga bien.

*Un abrazo,
Claire*

Mi corazón empezó a latir violentamente.

¿Qué?

Releí aquel email, con la esperanza de que mis ojos hubieran cometido algún error, pero no. ¿Travis había decidido dejar la agencia? Vamos a ver. ¡Pero si era suya! Su apellido estaba escrito en la puerta de la entrada.

Todo lo que estaba sintiendo, la felicidad, el alivio de haber terminado el libro, se evaporó en un segundo, dejándome con un vacío enorme en el pecho. Esos latidos contundentes ya no tenían nada que ver con la emoción, eran pura ansiedad.

¿Qué significaba todo esto? ¿Por qué no me había dicho nada si nos habíamos visto hacía tan solo unos días? Intenté procesar la información, pero mi mente estaba en ruinas. Claire mencionaba que ella seguiría con mi novela, pero ¿qué pasaba con Travis? ¿Por qué no me lo había dicho él directamente? ¿Es que todo esto tenía que ver conmigo?

Me levanté de golpe, con las manos temblorosas, y busqué mi móvil. Tenía que llamarlo. Él estaba en Chicago, pero no tenía idea de qué hora sería allí. Aun así, no podía esperar. Marqué su número y me llevé el teléfono al oído, rezando para que contestara.

El teléfono sonó una, dos, tres veces, hasta que una grabación automática me informó que estaba apagado o fuera de cobertura. Mi corazón dio otro vuelco. Volví a intentarlo. Nada. Su móvil seguía apagado.

Me paseé de un lado a otro de mi pequeño apartamento, sintiendo cómo la ansiedad crecía dentro de mí, expandiéndose hasta dificultarme la respiración. ¿Por qué estaba haciendo esto? ¿Por qué no me había dicho nada antes de irse? Todo lo que había sucedido entre nosotros... ¿acaso no significaba nada? No podía ser una simple coincidencia que justo ahora, después de todo lo que habíamos compartido, decidiera irse a Chicago.

Llamé a mi hermana Kelly.

—¿Kath? ¿Estás bien? —contestó ella, sorprendida por mi tono—. Suenas... ¿qué ha pasado?

—No lo sé, Kelly —respondí, conteniendo las lágrimas—. Travis... Travis ha decidido dejar la agencia. No me ha dicho nada, solo me enteré porque su socia me envió un correo. No sé qué hacer, no sé qué pensar.

Kelly suspiró al otro lado de la línea.

—Lo primero de todo, tranquilizarte. Es posible que haya una buena razón para todo esto. Quizás solo... no lo sé, ¿está agobiado con el trabajo? Puede que tenga más que ver con su carrera que contigo.

—No lo sé —dije, apretando los dientes—. Pero no puedo soportar la idea de que se haya ido sin decirme nada. Y no puedo hablar con él, su teléfono está apagado. ¿Qué hago?

Kelly hizo una pausa antes de responder.

—No saques conclusiones precipitadas. Espera a que hable contigo. Quizás sea más sencillo de lo que crees. Pero, si hay algo que deberías hacer, es prepararte para lo que venga. Según lo que me has ido contando, Travis puede ser un hombre complicado.

CAPÍTULO 9

TRAVIS

El viento soplaba frío en el cementerio Oak Woods de Chicago. Las hojas de otoño crujían bajo mis zapatos mientras caminaba por el sendero empedrado que llevaba a la tumba de Felicity. No había estado aquí desde el día del entierro.

Había querido evitar este lugar, como si al mantenerme alejado de su lápida pudiera dejarla atrás, como si ignorar este sitio pudiera borrar la sombra que su muerte había dejado en mi vida. Pero sabía que, si quería avanzar, tenía que enfrentarme a esto.

Cerrar un ciclo.

Decir adiós.

La lápida de mármol gris se erguía frente a mí, sencilla, sin adornos, solo con su nombre grabado con precisión:

Felicity Harmon, 1986-2021

No había epitafio, porque no había palabras que pudieran resumir quién era ella o lo que había vivido. La vida de Felicity fue un torbellino de emociones, de altibajos. Convivía con la depresión desde siempre. Era una escritora que parecía destinada a crear arte desde el sufrimiento. Era una de esas almas que nunca lograron encontrar consuelo en su propio éxito.

Me quedé de pie frente a su tumba, sintiendo el peso de todos los recuerdos.

Felicity había sido brillante, alguien con una imaginación feroz y una voz literaria única. Desde el principio, supe que su carrera despegaría como un cohete, y así fue. Los contratos llegaron, los elogios, las listas de los más vendidos.

Pero detrás de todo eso, detrás de las apariencias, estaba su dolor. Ni el éxito ni el reconocimiento pudieron salvarla de sí misma.

Ella y yo nos liamos en un momento de debilidad, en medio de todo ese caos.

No fue algo planificado ni especialmente romántico.

Fue lo que fue: dos personas quebradas buscando algo, aunque ni siquiera sabíamos qué era. Para ella, tal vez, fue un escape temporal de su dolor. Para mí... bueno, no supe lo que significaba hasta mucho después de que ella se hubiera ido.

No me obsesioné con Felicity mientras estaba viva, pero cuando murió, algo cambió dentro de mí. Sentí culpa. Sentí que había fallado en ver lo que realmente le pasaba. Era su agente, pero también había sido algo más. Estaba tan cegado por el trabajo, por la necesidad de llevarla a la cima, que no vi que la cima no era lo que ella necesitaba.

Agaché la cabeza, cerrando los ojos por un momento. *No pude salvarte*. Era un pensamiento que me había perseguido desde el día que recibí aquella llamada, el día que me dijeron que Felicity se había quitado la vida. Y aunque con el tiempo aprendí a vivir con esa realidad, nunca

me lo perdoné del todo.

Sentía que estar aquí, frente a su tumba años después, era mi despedida final.

Felicity siempre sería una parte de mí, pero también sabía que tenía que dejarla ir para poder centrarme en lo que venía.

Y lo que venía era enorme. Iba a convertirme en el nuevo editor jefe de una de las editoriales más prestigiosas de Nueva York. Era una oportunidad que había estado esperando desde hacía años, y mi primer gran proyecto sería el libro de Kathleen.

Kathleen.

Con solo pensar en su nombre, mi pecho se contrajo ligeramente, y no de tristeza como había sucedido antes, sino de algo diferente. Algo que no me había permitido sentir desde hacía mucho tiempo. A Kathleen no la había buscado ni planeado, pero se había convertido en lo único que llenaba mis pensamientos.

De alguna manera, ella rompía todos mis moldes. No se parecía a ninguna escritora con la que hubiera trabajado antes. Su estilo fresco y desenfadado, su forma de ver el mundo, y hasta esa actitud relajada que al principio me irritaba, ahora me intrigaban. Y, lo más importante, ella me hacía sentir vivo de una forma que no había sentido en años.

Contemplé de nuevo la tumba de Felicity y susurré en voz baja, como si de alguna manera ella pudiera escucharme:

—Adiós, Felicity. Siento no haber podido hacer más. Pero debo seguir adelante. Y lo haré. Me temo que esto es una despedida.

Me di la vuelta y empecé a caminar de vuelta hacia el coche. El viento sopló con más fuerza, como si fuese la respuesta que había ido a buscar allí, pero sentí que, con cada paso que daba, algo de ese peso se levantaba de mis hombros. Era hora de pasar página.

Pero además de despedirme de Felicity, estaba en Chicago por otra razón. Era mi último viaje como agente literario. La presentación de la novela de Kirk Bennet, uno de mis autores más importantes, fue un éxito rotundo. El auditorio estaba lleno, los aplausos resonaban, y las ventas de su libro volaban.

Mientras me encontraba en esa habitación llena de gente, me di cuenta de que ya no sentía esa presión de tener que demostrar algo a alguien. Esta presentación era importante, sí, pero lo que realmente ocupaba mi mente no era el éxito de esa noche, sino el futuro.

Mi futuro con Kathleen.

Desde que ella entró por la puerta supe que no podía seguir en la agencia. Era hora de avanzar hacia algo más grande, algo que me permitiera centrarme en lo que realmente quería: trabajar en otro eslabón de la literatura, pero también en mi vida personal. Y eso incluía a Kathleen.

Volvería a Nueva York en unos días, y lo primero que haría sería proponerle que siguiéramos adelante, no solo con su libro, sino también con lo que habíamos empezado juntos. Sería su editor en mi nuevo puesto, pero también quería ser su pareja. Y antes de todo, hablaría con Claire. Le explicaría mi plan con todo detalle. Ella iba a quedarse al mando de la agencia y debía ser la encargada de preparar el contrato de Kathleen.

El mejor de los contratos.

Y aunque sabía que mezclar lo profesional con lo personal era complicado, esta vez no me iba a esconder. Felicity había sido parte de mi pasado, una lección dolorosa, pero Kathleen era mi presente y mi futuro.

Eché una última mirada al cielo gris de Chicago, sabiendo que había enterrado a todos mis demonios en aquel cementerio. Iba a luchar por lo que quería, y lo que quería era a ella.

CAPÍTULO 10

KATHLEEN

—¿Entonces, firmo ya? —pregunté, observando el contrato sobre la mesa.

Mi sonrisa temblaba entre la emoción y los nervios, mientras miraba a Claire buscando alguna señal.

Ella soltó una risa suave, casi burlona.

—Depende, ¿quieres que este sea el comienzo de tu carrera como autora *bestseller*?

Me reí también, aunque la verdad era que mi mente estaba en otro lugar. Mientras Claire me hablaba de las condiciones y la letra pequeña, yo intentaba no mirar el teléfono. Ese mensaje escueto de Travis, “hablamos en cuanto llegue a Nueva York”, había sido mi única conexión con él en los últimos días, y estaba empezando a preguntarme si había algo más detrás de su silencio.

—Vamos, Kathleen, ¿a qué estás esperando? —insistió Claire.

—No es el contrato lo que me preocupa —dije, casi sin pensar.

Se palpaba cierta tensión en el ambiente de aquel caótico pero encantador despacho. Pero no era una tensión negativa. Tal vez eran mis propios nervios. El tipo de nervios que sientes cuando sabes que algo importante está a punto de suceder, y eso me tenía al borde de mi asiento.

Claire, sentada frente a mí, repasaba los detalles del contrato editorial que tenía delante y que ella misma llevaba días negociando. Un contrato enorme, brillante, con un adelanto de dinero que no había ni soñado en mis primeros años como escritora.

Suspiré mientras leía el último párrafo por enésima vez. Había trabajado tan duro por este momento, y sin embargo, no podía dejar de pensar en Travis.

Travis, que seguía sin dar señales de vida más allá de un mensaje de una línea. Y ahí estaba yo, con un acuerdo que cambiaría mi vida, tratando de no mostrar cuánto me había afectado su silencio.

—Creo que estas condiciones son las mejores que he conseguido jamás para una autora novel, Kathleen —dijo Claire—. Estamos hablando de un adelanto considerable de seis cifras, derechos internacionales... y, si todo va bien, podrías estar en la lista de los más vendidos antes de fin de año.

¿Qué podía decir?

Era todo lo que había soñado.

Pero, por alguna razón, la euforia que esperaba no llegaba del todo.

—Es increíble —murmuré.

Claire me observó en silencio por un momento, como si pudiera leerme la mente.

—Es solo que creo que Travis debería estar aquí para esto —dije, sin poder evitarlo.

Ella asintió lentamente, recostándose en su silla.

—Lo sé. Y créeme, también me ha sorprendido un poco el hecho de que deje la agencia, aunque lleva un tiempo diciendo que le apetecía tomar un nuevo rumbo. Pero... bueno, a partir de

ahora, seré yo quien se ocupe. Travis decidió dar un paso al lado, y... ya lo verás, la agencia cambiará de nombre en las próximas semanas. Tengo muchas ganas de empezar esta nueva etapa.

—Ya. Pero estábamos trabajando en la novela. Si tenía pensado irse, ¿por qué no me dijo nada?

—Eso te lo contará él en persona. Creo que debe ser él quien lo haga. Pero me aseguró que hablará contigo hoy mismo. Llegaba de Chicago esta misma mañana.

Y como si lo invocara, la puerta del despacho de Claire se abrió tras unos breves golpecitos en la madera, y allí estaba él, Travis, con esa mirada intensa que siempre lograba desarmarme. Tuve que contenerme para no saltar de inmediato a sus brazos.

Iba vestido con su chaqueta de piel, esa que siempre parecía quedarle perfecta, y su expresión era relajada, aunque había algo en sus ojos que parecía buscar los míos con urgencia.

—Perdón por la interrupción, chicas —dijo, con una sonrisa que hizo que mis nervios se apaciguaran un poco—. Ya estoy aquí.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó Claire—. ¿Todo bien con Kirk?

Aunque ella también se hubiese llevado una sorpresa, se notaba que habían hablado largo y tendido antes de que yo llegase.

—Todo ha ido perfecto. ¿Me permites un momento con Kathleen?

Había un poco de urgencia en su voz. Claire asintió, sonriendo mientras recogía sus papeles.

—Por supuesto. Ya tenemos todo listo para que firmes cuando quieras, Kathleen. Y enhorabuena, honestamente... es un acuerdo fantástico. Creo que está a la altura de tu novela, que no nos ha podido encantar más.

La vi salir de la sala, dejándome a solas con Travis. El silencio que siguió fue palpable, pero él lo rompió enseguida.

—Vamos a dar un paseo, ¿te parece? —dijo, extendiéndome una mano.

Lo miré con curiosidad, pero me levanté sin dudar. Había algo en su actitud, en su forma de moverse, que me hacía sentir que algo importante estaba a punto de pasar.

Salimos de la agencia y empezamos a caminar, envueltos por el bullicio habitual de Manhattan. Ni siquiera pregunté a dónde íbamos; solo lo seguí. Además, supe exactamente hacia dónde se dirigía cuando reconocí el camino hacia el jardín zen en el que nos habíamos besado por primera vez.

—Estás resplandeciente, Kathleen —dijo, interrumpiendo el silencio.

Sonreí de lado.

—Gracias, tú también. Aunque me sorprendió no tener noticias tuyas durante estos días.

No quería que sonase a reproche, pero supongo que lo era.

Él suspiró, mirando al suelo mientras caminábamos.

—Lo sé. Y lo siento. Necesitaba un poco de tiempo. No solo por el trabajo, sino para resolver algunas cosas —me miró de reojo—. Quería estar seguro de que, cuando hablara contigo, no tendría dudas.

Llegamos al jardín, y el lugar seguía tan sereno como la otra vez. Me sentí transportada al día en que todo comenzó entre nosotros, a ese primer beso, a la chispa que lo cambió todo.

Nos sentamos en uno de los bancos de piedra, y Travis tomó aire antes de hablar.

—Hay algo que necesitas saber antes de que sigamos adelante —su tono era serio—. Supongo que Claire ya te lo ha avanzado, pero he decidido aceptar un puesto como director literario en una de las editoriales más grandes de Nueva York. Me lo ofrecieron hace tiempo y,

hasta ahora, lo había descartado.

Parpadeé, procesando sus palabras.

—¿Así que... entonces es cierto? ¿Dejas la agencia?

—Sí —confirmó—. Es un paso que necesitaba dar. Y seré sincero contigo, Kathleen. Uno de los principales motivos por los que no quería representarte era porque... no puedo ser solo tu agente. No con lo que siento por ti. No quiero que nuestra relación profesional sea un obstáculo para lo que realmente deseo.

Mi corazón latía con fuerza mientras lo escuchaba. ¿Lo que realmente deseaba?

—Entonces, ¿qué significa eso? —pregunté, sin atreverme a sacar conclusiones precipitadas.

Él sonrió.

—Significa que quiero que seas la autora estrella de mi nueva editorial. Quiero que tu libro sea el primero que lancemos, y quiero hacer de él el éxito que merece ser. Quiero trabajar contigo como escritora, no ser un mero intermediario. Pero, más allá de eso, quiero que seas la mujer que esté a mi lado, y no solo como mi autora, sino como...todo. No puedo negar que trabajar contigo sería complicado para mí. Lo que sucedió con Felicity fue... oscuro. No sé si estás al día de lo que pasó con ella. Pero, contigo, siento que todo es diferente. He cerrado ese capítulo de mi vida, y estoy listo para seguir adelante. Pero solo contigo. No puedo ser tu agente, pero sí tu editor. Y el hombre que está a tu lado.

Sus palabras me desarmaron. No había esperado una declaración tan directa, y mucho menos en un lugar que, de alguna manera, ya tenía cierto significado para nosotros. Sentí un nudo en la garganta mientras lo miraba, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Yo... Travis, esto es... —logré decir, casi balbuceando—. No me malinterpretes, me haces muy feliz, pero necesito un momento para asimilar todo esto. No esperaba que todo sucediera tan rápido.

Él asintió.

—No tienes que decidir nada hoy. Pero quería que lo supieras. No solo eres importante para mí como escritora. Eres importante como algo más. Eso es lo que quiero decir —se acercó un poco más, hasta que su mano rozó la mía—. Pero si no te sientes preparada, lo entenderé. Y esperaré.

Negué con la cabeza, sabiendo que no podía dejar pasar algo así.

—Estoy preparada. No sé a dónde me va a llevar todo esto, pero quiero descubrirlo contigo.

El beso que siguió a nuestra conversación a corazón abierto fue suave, pero estaba desbordado de promesas. Promesas de un futuro incierto pero irresistible, magnético, pintado de azul. Y allí, en ese oasis en mitad de los rascacielos, supe que no solo había firmado un contrato literario. Estaba empezando una nueva historia. Una que no solo escribiría en las páginas de un libro, sino en las de mi existencia.

EPÍLOGO

Un año después...

KATHLEEN

—¡Kathleen, un poco más a la izquierda! ¡Y esa sonrisa, que no se te escape!

El fotógrafo era todo energía y órdenes, agitando los brazos como si estuviera dirigiendo un avión en lugar de una sesión de fotos.

Intenté seguir sus instrucciones, pero la verdad es que estaba al borde de la carcajada. Miré a Travis, que estaba apoyado contra una pared cercana, con los brazos cruzados y una sonrisa que intentaba ocultar.

Claire estaba justo a su lado, revisando su teléfono, como siempre, pero con una mirada de satisfacción en los ojos. Mi vida había cambiado tanto en el último año que me parecía surrealista estar aquí, posando para un suplemento literario, como "la nueva promesa de la fantasía urbana".

—Travis, ¿puedes decirle que esto es ridículo? —protesté, girando hacia él.

—No es ridículo si tu libro ha vendido un millón de copias —respondió, divertido, sin mover ni un músculo. Su mirada cálida me recorría, y no podía evitar sentirme como si estuviera en la cima.

Supongo que era porque lo estaba.

—¡Exacto! —exclamó Claire sin despegar la vista de su pantalla—. Si quieres seguir siendo una autora bestseller, mejor que te acostumbres a que te hagan fotos en poses ridículas.

El fotógrafo pareció ofenderse por la palabra "ridículas", pero antes de que pudiera protestar, hice lo que me pidió: sonreí y me moví hacia la izquierda. En mi mente, aún estaba procesando todo lo que había sucedido desde que conocí a Travis, el hombre que se suponía que sería mi agente y terminó siendo mucho más.

—¿Puedo pedir un descanso? —pregunté, riendo un poco mientras el fotógrafo finalmente me dejaba respirar. Fui directa hacia Travis, que me recibió con una sonrisa.

—Claro, a ver si me ayudas con algo —dijo Travis, sacando su teléfono. Me mostró un artículo reciente sobre mi libro en un periódico importante, y mis ojos se agrandaron.

—¿Otro? —pregunté, sorprendida—. Esto se está saliendo de control.

—¿Acaso pensabas que no te harías famosa? —preguntó Claire, acercándose a nosotros con su típico tono sarcástico.

—No tan rápido, al menos —respondí, cruzando los brazos—. Quiero decir, sabía que el libro tenía potencial, pero no esperaba... esto.

—Bueno, yo sí —Travis intervino, levantando la ceja—. Desde el primer borrador que me enviaste, supe que era algo especial.

—Oh, por favor —dije, rodando los ojos—. Lo primero que me dijiste fue que necesitaba

reescribirlo entero.

—Corrijo: te dije que necesitabas darle un giro a la trama para que los personajes brillaran más —replicó, con una sonrisa juguetona—. Y mira dónde estamos ahora.

Suspiré, pero lo cierto es que no podía evitar sonreír. Había sido un año lleno de emociones, cambios y sorpresas. La publicación de mi novela había sido solo el comienzo. Desde entonces, entrevistas, firmas de libros, y ahora esta sesión de fotos. Y con Travis siempre a mi lado, apoyándome en cada paso, aunque su rol profesional había cambiado.

—Debo decir que parece que estás bastante cómoda para alguien que odia las cámaras —dijo Claire, mirando la escena con un toque de ironía.

—Estoy fingiendo —respondí—. Me imagino que soy uno de mis personajes, una guerrera elfa luchando contra las hordas de fotógrafos.

Travis soltó una carcajada y me lanzó una mirada que decía "sé exactamente lo que estás haciendo".

—Si de verdad fueras uno de tus personajes, llevarías una espada —bromeó Travis.

—Bueno, tal vez me consiga una para la próxima sesión —contesté, encogiéndome de hombros.

El fotógrafo volvió a llamarme, esta vez con más calma, y volví al set, aunque mi cabeza seguía en todo lo que habíamos logrado.

Un año atrás, ni en mis sueños más salvajes hubiera imaginado estar en esta posición. Mi relación con Travis había pasado de lo profesional a lo personal más rápido de lo que me hubiera atrevido a admitir en un principio. Pero, ahora, todo encajaba. No solo había encontrado mi voz como escritora, sino que también había encontrado a alguien que creía en mí tanto como yo misma.

—¿Qué tal si después de esto celebramos con una cena? —sugirió Travis cuando volví hacia él una vez más, esta vez después de la última tanda de fotos.

—¿Cena? ¿Dónde? —pregunté, aunque ya sabía que él siempre encontraba los mejores lugares.

—En nuestro lugar especial —respondió, su voz con un tono más bajo, casi íntimo. Sabía a lo que se refería. El jardín zen donde todo comenzó, donde me besó por primera vez.

Mi corazón dio un vuelco al recordar aquel momento. No importaba cuántos éxitos vinieran después; aquel primer beso siempre tendría un lugar especial en mi memoria.

—Eso suena perfecto —respondí, sonriendo.

Claire resopló.

—Ah, el amor. Qué bonito. Una cena en un parque. Sin comentarios. Mientras os empalagáis, yo voy a asegurarme de que ese contrato para tu segundo libro esté listo para firmar. Tenemos que aprovechar el éxito, ¿recordáis?

—Siempre tan práctica, Claire —dije, riendo.

—Alguien tiene que serlo —respondió, levantando las manos en gesto de rendición—. Aunque, Travis, debo decir que nunca te había visto tan feliz desde... bueno, nunca.

—Será porque nunca había tenido una auténtica razón para estarlo —dijo Travis, lanzándome una mirada de complicidad que hizo que me derritiese por dentro.

Nos quedamos en silencio hasta que el fotógrafo nos dio la señal de que había terminado. Un millón de fotos después, la sesión había concluido, y no pude evitar un suspiro de alivio.

—Creo que podré dormir tranquila sabiendo que no tengo que posar para más fotos por un tiempo —bromeé mientras me dirigía a cambiarme.

—No por mucho tiempo —me advirtió Travis—. La gira de promoción para el próximo libro está a la vuelta de la esquina.

—No me recuerdes eso ahora —protesté, aunque en el fondo no podía esperar a ver qué más nos traería el futuro.

Con mi novela siendo un éxito y Travis a mi lado, todo parecía posible. Pero lo mejor de todo era que lo que habíamos construido juntos iba mucho más allá de las páginas de un libro.

**

Si te ha gustado esta historia, puedes encontrar próximas entregas de mi serie “¿Trabajo o placer?” [aquí](#). Son historias de amor que se desarrollan en el ámbito laboral. ¿No es ahí donde pasamos la mayor parte del tiempo? ¡Pues es normal que a veces surja el amor también! ;) Todas las historias son autoconclusivas y se pueden leer en el orden que prefieras.

¡Gracias por leerme!

XX,

Elsa

YA DISPONIBLE

[UNA LLAMA PRENDE ENTRE NOSOTROS](#)



Courtney Adams, una intrépida periodista del Times, está decidida a exponer los secretos ocultos de GreenOil, una poderosa compañía petrolera.

Pero su camino hacia la verdad la lleva directamente a los brazos de Clint Morgan, el atractivo director de seguridad de la empresa. Mientras la atracción entre ellos crece, Courtney se debate entre su ética profesional y la pasión que siente por Clint.

¿Podrá seguir lo que dicta su corazón sin comprometer su integridad? En medio de amenazas y dilemas morales, ¡esta historia de amor prohibido y redención promete mantenerte al borde de tu asiento!

YA DISPONIBLE

[HIJA DE LA MAFIA](#)



Un amor con fecha de caducidad. Un legado peligroso. Una pasión imposible de ignorar.

Valeria Bellucci, hija de uno de los hombres más temidos de Nueva York, sueña con escapar del control de su problemático padre. Durante unas vacaciones en Hawái conoce a Julian Percival, un científico de buena familia que ha huido repentinamente de una misión en la Antártida.

Julian nunca imaginó que alguien como ella lo dejaría sin aliento. Valeria está atrapada entre el deber familiar y un corazón que late por el hombre equivocado.

Mafia. Traiciones. Peligro. Amor a primera vista.

Si deseas estar informada sobre mis próximas publicaciones, apúntate a mi lista de correo haciendo clic [aquí](#).
Recibirás un email cuando publique una nueva historia. ¡Nada de spam, prometido!

Puedes contactar conmigo y seguirme a través de Facebook e Instagram (@elsa_tablac); o bien haciendo clic en “seguir” en [mi página de autora de Amazon](#), donde podrás ver todas las historias disponibles hasta la fecha en ebook y papel.

¡Gracias por la lectura!
XXX,
Elsa

¿Quieres leer más mininovelas románticas?

¡No te pierdas mis series de relatos!

Todas las entregas son historias autoconclusivas e independientes y las puedes leer sueltas o en el orden que prefieras.

¿Trabajo o placer?

[Tu muro de hielo](#)

[Una llama prende entre nosotros](#)

El largo verano del amor

[Un amor desértico](#)

[Un amor feroz](#)

[Un amor oculto](#)

Millonarios de Manhattan

[Millones de razones](#)

[Docenas de rosas](#)

[Altas dosis de protección](#)

[El yate del deseo](#)

[Fuego en la mirada](#)

[La rehén del millonario](#)

[La obsesión del magnate](#)

[Destellos de poder](#)

[La cura de tus heridas](#)

[Loco por la barista](#)

No deberíamos

[Algo atrevido](#)

[Algo arriesgado](#)

[Algo temerario](#)

[Algo prohibido](#)

Hotel Paradiso

[Las vacaciones que necesito](#)

[El océano que nos separa](#)

[El millonario que me espera](#)

[El naufrago que la sedujo](#)

[La estrella que se esconde](#)

[El detective que me sigue](#)

[El heredero que regresa](#)

[El mafioso que la reclama](#)

Serie MINIS

[Todo por un anillo \(Minis #1\)](#)

[Todo por una entrevista \(Minis #2\)](#)

[Todo por una tormenta \(Minis #3\)](#)

[Todo por una aventura \(Minis #4\)](#)

[Todo por una película \(Minis #5\)](#)

Oficina WonderBooks

[Lejos de su ambición](#)

[Cerca de tu mesa](#)

[Fuera de mi alcance](#)
[Hasta que fue inevitable](#)

Las hermanas Alcott

[Su eterna promesa](#)
[Su eterna presencia](#)

Pasión sin fronteras

[El turco](#)
[El profesor de inglés](#)
[La reportera](#)
[Mercurio retrógrado](#)

Los hombres de la montaña

[A ocho metros del leñador](#)
[A cinco minutos del guardabosques](#)

Títulos independientes y novelas

[Hija de la mafia](#)
[Maldito millonario en Isla Antigua](#)
[¡No pienso besar al grinch!](#)
[La huida de Bella](#)
[La espía que te amó](#)
[El asunto Danvers](#)
[Cinco veranos hasta encontrarte](#)
[Catriona: un romance rockstar](#)